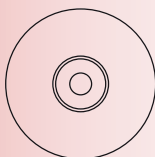

Nader Koochaki *Paisaje dorsal*



CD Paisaia itsuak/Paisajes ciegos

#11 Nader Koochaki *Artaldeak: 3, 8 eta 12*

07:47

Cuando el editor me comunicó su interés por dar a conocer en este número el proyecto que me traigo entre manos, me di cuenta de la relación que mi proyecto podía tener con el paisaje. Por medio de este proyecto, que toma como eje el pastoreo, pretendo reflexionar en torno a la noción de intermediación. Con este fin, en las líneas que siguen expongo uno de los caminos abiertos: el proyecto de realizar el registro de rebaños de ovejas de más de cien cabezas existentes en Gipuzkoa. Dejaré directamente de lado las lecturas que desde la antropología se han realizado sobre la práctica del pastoreo (las personas interesadas en el tema pueden recurrir a Fermin Leizaola, el antropólogo que más ha escrito sobre el asunto), para tratar de mostrar los vínculos que el archivo que pretendo constituir pueda tener con este número de la revista *Zehar*.

Más que acometer un desarrollo ordenado y coherente, prefiero redactar algunas notas o recoger algunos pensamientos sobre el tema (por pereza o incapacidad, entiéndase así si se quiere) y, al mismo tiempo, transcribir algunos pasajes del cuaderno de notas de las grabaciones.

Sobre la intermediación

Pienso que el pastoreo nos proporciona un entorno excepcional para hablar de la noción de intermediación: observándolo desde un punto de vista restrictivo nos ofrece el esquema del individuo que cuida y dispone de un rebaño por medio de varios dispositivos. Este sistema queda sintetizado perfectamente en los concursos de perros pastor. En efecto, traduciendo la actividad pastoril al lenguaje del juego, se nos muestra la imagen de la persona que guía un conjunto de animales por medio de un perro. El perro es aquí el principal intermediario, es él quien yendo de aquí para allá realiza tareas de puente entre el dominio humano y el dominio animal. Partiendo de esta evidencia, podemos llegar a bastantes elementos que podemos ubicar en la categoría de puente que reúne. El cencerro es uno de ellos.

El cencerro es el medio o tecnología que utiliza el pastor para identificar y localizar el rebaño. Por una parte es una marca de propiedad, y, por otra, un mecanismo de control. En el cencerro se produce el sonido y el cencerro, según el tipo de sonido generado, concreta identidades e identificaciones. Es una forma de trabajo a distancia. El cencerro, adherido al cuerpo de la oveja, es una prolongación del pastor. El lenguaje del pastor, materializado por la oveja. El sonido que la oveja porta en su cuerpo.

Como los cortes en la oreja o las marcas de color pintadas en el lomo, los cencerros que penden de las ovejas son artefactos para distinguir los rebaños. Los distintos cencerros (*dunbak, kalaxkak, kanpaiak...*) producen determinados tonos de acuerdo con su forma y tamaño. En este sentido, cada rebaño es una polifonía y puede decirse que se convierte en la identidad sonora del pastor. La transhumancia es ya casi una excepción hoy en día, pero hay que recordar el momento de orgullo que producía al pastor esta actividad cuando, sin pronunciar palabra, en medio de un enorme estrépito, anunciaba al pueblo que iba o venía. Ni que decir tiene, esto lo hacía *por medio* del rebaño.

Sobre el trabajo de campo

Para poder reunir el archivo sonoro de los rebaños de más de cien cabezas de Gipuzkoa, forzosamente he tenido que adaptarme al ritmo y a los tiempos de pastores y ovejas. En este empeño, amaneceres y atardeceres han sido los principales momentos de grabación: momentos en los que los pastores salen a localizar, conducir o recoger el rebaño. Es entonces cuando he reconocido vínculos que a primera vista era incapaz de captar. El pastor pasaba entonces a ser un intermediario, y proporcionaba criterios para leer esto que podemos llamar paisaje. Resulta sorprendente empezar a comprender los vínculos, indicadores, límites y marcas que hasta entonces nos eran invisibles. El paisaje que parecía plano y desguarnecido, resulta ser un terreno dotado de relieve, compuesto por puntos de fuga y vínculos. Todo lo contrario del mapa. Es un sistema de comunicación en red en el que de un modo alineal cada elemento conduce a otro elemento. Al tratarse de señales que producen una referencia mutua, el punto de partida pierde importancia y la noción de meta queda difuminada.

Así pues, cada grabación conllevaba la exigencia de una toma de conciencia, y de una participación ineludible. Inmanente al acto de grabar, la intervención en el terreno del pastor suponía una tensión, con el caudal epistemológico que esto conlleva. En la medida en que no se trata de una aproximación turística al mundo pastoril (con esto no quiero decir que sea una postura opuesta), ésta requiere de errancia, repetición y reacción. Espera de momentos y lugares idóneos para hacer la grabación. Tiene tanto de espera como de acción.

Ahora, repasando el material reunido, me doy cuenta de la relación que este proyecto pueda tener con la fotografía: técnicamente resulta impresionante, en la medida en que se trata de una captura que se recoge en un soporte, como en la fotografía. A pesar de ser

tú el que registra, metodológicamente es distante e interventivo al mismo tiempo, en la medida en que la acción y resultado de registrar produce consecuencias. Lumínicamente es dependiente, porque la posición y dirección de la luz condiciona el contenido de lo que se va a registrar.

En fotografía hay un momento que llaman la hora mágica. Es la hora del amanecer y del anochecer. Es entonces cuando el sol ilumina oblicuamente, en vez de hacerlo directamente. Dicen que éstos son los momentos idóneos para hacer fotos. El aparato grabador de sonido aunque, a diferencia de la cámara fotográfica, no tenga necesidad de luz para registrar el sonido, estas horas han resultado absolutamente estructurantes en la realización de estas grabaciones.

En las horas más altas del sol, el rebaño busca sitios frescos en la orografía, a la sombra a ser posible. A falta de éstos, son las propias ovejas las que producen sombra, metiendo entre ellas sus propias cabezas (la parte del cuerpo que peor soporta el calor de los rayos del sol). En esos momentos el rebaño no se mueve y, en consecuencia, no produce ningún sonido.

Así pues, podemos afirmar que en estos sonidos hay una relación directa con la luz: es un trabajo guiado por las cantidades y direcciones de la luz. Aunque pueda parecer una afirmación extraña, escuchar esto implica escuchar la luz.

Algunas reflexiones sobre el paisaje visual desde el intervalo romántico

El paisaje no es la mera imagen que se nos presenta a la vista. No es el conjunto de carencias que no vemos en lo que vemos, ni tampoco, aunque no los veamos, la composición de los elementos que nos imaginamos que están ahí. El paisaje tiene más de lo que vemos que del espacio que quisiéramos ver y no es, en modo alguno, una evidencia que se pueda aclimatar a la categoría de realidad. Tampoco es lo que vemos por medio de la imaginación y el tamiz onírico. El paisaje, para ser paisaje, se nos tiene que escurrir de las manos, tiene que escapar a nuestros ojos, puesto que, a pesar de ser considerado como natural, es un artefacto humano construido para que nos perdamos en el lugar. El paisaje deja sin significación al sujeto observador, puesto que no admite acción o lenguaje que lo pueda apoyar. El paisaje siempre es una sobredosis para la voluntad de dominio. Por eso es escópicamente acogedor y subjetivamente agresivo. El paisaje supera al observador y lo interpela en el acto de observación.

Tratándose de un juego de seducción del territorio, las relaciones de poder están presentes en el mismo. Por una parte, el observador siente que domina lo que ve por medio del acto contemplativo, en la medida en que se trata de una acción realizada desde lejos por decisión propia. Pero por otra parte, la naturaleza holística de lo que ve golpea la mirada del observador, trascendiéndolo, en tanto en cuanto es general e inconmensurable. El observador se entrega a la inmensidad; aborda el paisaje con atención intensa, y acaba desarmado, con la voluntad deshecha.

El paisaje está directamente relacionado con la memoria, en la medida en que pasará a ser su límite, como un terreno resbaladizo que no se puede concretar. La materialización del paisaje lo enfrenta a su cualidad desbordante, trascendente e inaprensible, y el resultado es un fetiche o un icono. La vivencia del paisaje produce la destrucción total (aquí no se puede hablar de valor); la sublimación del paisaje, en cambio, convierte en hipotético y válido lo que hasta entonces no era sino una cosa, y lo hace manejable. Nombrado e informado, se transforma en gobernable, como un hecho con autonomía propia; de esta manera lo separa de sus condiciones de ser y borra los vestigios dejados en el camino para llegar a ellas.

En este sentido, el texto es un antipaisaje, pero su lectura tiene algo de paisaje.

El paisaje requiere distancia. Creo que la propia noción de paisaje nos viene de un alejamiento, como una revisión que proviniera de una pérdida, una negación o una huida. El paisaje requiere separación o desplazamiento, y siempre está lejos, como un objeto de deseo, como un horizonte. El paisaje es azul, en el sentido de Rebecca Solnit.

Sobre el sonido

El conocimiento que tenemos del paisaje es figurativo mayormente. Relacionado con el sentido de la vista, lo reducimos a la consecuencia de un acto contemplativo. Por lo tanto, es cognitivamente visual. Sin embargo, y aunque no tenga intención de desarrollar un tratado en torno al tema, creo que me corresponde destacar el aspecto sonoro específico de la vivencia. El sonido del paisaje le da profundidad y perspectiva a la experiencia. Diré más: el sonido del paisaje proporciona al sujeto observador/oyente más opciones de penetrar en su territorio que la imagen. En ese paisaje, el oyente pasa a ser un cuerpo resonante más, y la inmaterialidad de las ondas le ofrece la oportunidad de permanecer en recogimiento.

En su relación con el oído, el paisaje sonoro resulta más *equilibrado* que el paisaje de la imagen.

Al tratar del paisaje, se habla de la arquitectura, del cromatismo, de la vegetación... mas nunca se toma en cuenta el conocimiento sonoro. La noción que utilizamos del paisaje es muda, y aunque habla de todo menos de ella misma, la clave que habla de todos estos aspectos queda sin concretar. Por lo tanto, más que teórico el problema es epistemológico. La clave puede radicar en empezar a pensar cómo es el paisaje, más que qué es el paisaje.

La vivencia correspondiente al sonido, por último, sucede de forma endógena. El sonido envuelve al oyente. Por el contrario, la vivencia correspondiente a la imagen es una experiencia exógena. El espectador ha de hacer frente a la imagen. No quiero relacionar esto con la permeabilidad al paisaje del sujeto espectador/oyente, puesto que esa vivencia tiene que ver con la educación, sensibilidad y capacidad del mismo. Me parece, sin embargo, que se trata de una cuestión de ubicación o localización del sujeto, y además funciona en modo inverso.

En cuanto al sentido de la vista, la noción de paisaje funciona únicamente desde la distancia. La imagen solamente puede guardar de forma separada la naturaleza del paisaje. Profundizar en ello acarrea la pérdida de la noción de paisaje (que puede ser recuperada tras salir).

En cuanto al sentido del oído, la noción de paisaje funciona únicamente desde el testimonio. El único requisito del sonido es que el oyente penetre en su ámbito de escucha. Salir del mismo trae consigo la pérdida de la noción de paisaje.

Los dos se juntan en el campo de la memoria ya que, siendo una vivencia libre de condiciones físicas, no tiene ni de los dos ni de uno. Lo mismo podemos decir de la estética, a la manera de una experiencia que no reduce la percepción a un solo sentido. Nos equivocáramos si empezáramos a hablar de estética del paisaje, ¿acaso no son estética y paisaje puntales de una misma categoría ontológica?

La naturaleza del sonido o la representación inmaterial dificulta su toma en consideración como bien cultural o natural. Los comentarios que hacemos del paisaje, paradójicamente, son estéticos. Estas grabaciones de Aralar, entre otras cosas, deberían enriquecer las lecturas que dicen que el pastoreo es un bien cultural, y también ensayar otras traducciones en los modos de entender el paisaje. Lo contrario sería hacer oídos sordos... ahora sí, literalmente.

GRABACIÓN #03

- Rebaño de 340 cabezas (8 machos/332 hembras)
- Lugar: Arbelo
- Pastor: Gerardo Garmendia Salsamendi «Mozo»
- Hora: 08:15

Tras pasar la noche en el refugio de Igaratza, salgo al amanecer en busca de algún pastor con su rebaño. En Doniturrieta Garaikoa, rodeado por la niebla, oigo un coche e inmediatamente me dirijo hacia el lugar de donde proviene el sonido. Me encuentro a un pastor con su perro metidos en el coche, preparados para ir en busca del ganado. Le explico mis intenciones y me lleva con él.

Marchamos hasta la falda oriental de Ontzanburu, y allí nos apostamos, mirando al valle. Hemos visto unas ovejas; para mí no son más que un montón de huellas blancas. *Mozo*, al percatarse del sonido de cencerros del tipo *dunba*, en primer lugar ha identificado el rebaño como «el de Zinkunegi de Regil». Continúa mirando con recelo hacia el valle, y después, ya más tranquilo, me dice que también se oyen cencerros del tipo *kalaxka*. Que ése es su rebaño, el que tiene *kalaxkas*, y que seguramente habrán pasado la noche con las de Zinkunegi. «Ahora cada una tomará su camino» me dice, y por el camino que ha indicado, el conjunto formado por las huellas blancas se divide en dos grupos, que se dirigen, sin ayuda de nadie, cada cual a su pasto. Después me ha señalado el rebaño de Beldarrain. Mezclados con los sonidos de los cencerros de las yeguas se escuchan el sonido de los *kalaxkas*.

GRABACIÓN #12

- Rebaño de 339 cabezas (13 machos/326 hembras)
- Lugar: Regata Arritzaga
- Pastor: Javier
- Hora: 19:15

Se trata de una grabación realizada en el momento en el que el pastor Javier, ayudado por sus primos, lleva las ovejas hacia la Kantina. Javier y su perro van detrás, azuzando el rebaño. Los primos, en cambio, van delante: uno encima de un mulo y el otro sobre una yegua, gritando al ganado. Hicimos la grabación cuando estaban pasando el puente de la regata Arritzaga. Razón para dirigirse a la Kantina: la ducha que tienen que tomar al día siguiente contra los parásitos.

GRABACIÓN #08

- Rebaño de 458 cabezas (4 machos / 454 hembras)
- Lugar: Camino de Zotaleta
- Pastor: Dionisio Goitia Alberdi
- Hora: 09:13

En Arbelo, cuando estábamos pendientes de por dónde aparecerían las ovejas, vemos a Dionisio. Viene lejos, regata arriba, a lomos de un mulo, cantando y silbando una hermosa melodía. Poco tiempo después, andamos tras él, torpemente, sin poder adivinar el camino que va a tomar. Cuando nos lo encontramos, le comunicamos nuestras intenciones y convenimos el lugar para grabar el paso de las ovejas. Según nos cuenta, todos los días hacia las siete de la mañana se pone en marcha y se dirige, a lomos de mulo, desde la borda hacia Ganbo. Al atardecer baja las ovejas a la regata para que beban. Después las deja cerca de Menditxiki, pastando en la loma que da al norte.

La mayoría de los cencerros son del tipo *kalaxka* y hay tres *dunbas*. En el rebaño hay dos cabras con unos cencerros que parecen de campanas. A ratos se oye el viento, y hacia el final el ruido de respiración del perro.

Dionisio esperará hasta terminar la grabación. Intercambiamos algunas palabras y nos invita a la borda, a beber vino y a comer queso de Eroski, como él dice. Nos ha parecido un pastor generoso, bromista y de un humor agudo.